

**William F. Sater, *La imagen heroica de Chile: Arturo Prat, santo secular*,  
Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2005, 231 págs.**

LA PERSONA Y LA FIGURA de Arturo Prat parece que, a simple vista, representan una misma y única unidad. Pero, si profundizamos algo más en la vida de este marino y abogado, nos daremos cuenta de que sus datos biográficos y la percepción que tuvo la sociedad de éste, varían considerablemente, pues, por su misma condición de héroe, está sujeto a los vaivenes interpretativos propios de la sobreabundante mitología nacional. Y es que el héroe, dice Sater, plantea otras problemáticas y disyuntivas cuando se le estudia, diferente a las del hombre público que posee figuración o renombre. En el héroe, por el contrario, confluyen elementos que responden a otro tipo de variables sociales, espirituales y culturales, y que es, por cierto, la preocupación fundamental que se ha propuesto desarrollar en este libro el historiador norteamericano. Analizar, comprender o estudiar la imagen heroica de Prat exige la participación de otros elementos analíticos que, a su vez, se plantean en relación a determinados momentos de la historia de Chile. No hay dudas al respecto: a nadie dejaba indiferente los rasgos y virtudes que desprendía la cautivante personalidad de Prat, considerando que éste era un ejemplo único de abnegación, heroísmo y de entrega hacia su patria, digno de imitar y difundir hacia el resto de la sociedad. Cada vez que ocurría alguna desgracia, el país requería a su vez de un estímulo moral para superar los problemas nacionales. ¿Cómo lograrlo? Recurriendo a Prat, que luego se transformaría en una práctica común, que

excedió los límites de la medida y el entendimiento.

En consecuencia, y por lo motivos anteriormente señalados, esta imagen no será unívoca y exclusiva de un determinado grupo o sector social, sino que responderá más bien a los intereses específicos propios de la coyuntura del país, aunque se puede percibir que, en mayor o en menor medida, casi todos exaltan las virtudes cívicas y morales de Prat. La manipulación de la imagen de Prat será aprovechada dependiendo de las necesidades y prioridades de cada sector societario; se le destacará en momentos apremiantes y, en cambio, algunos optarán en determinadas circunstancias por la indiferencia o el rechazo hacia su figura. Así, Sater traza un recorrido exhaustivo y cautivante de la apreciación que tuvo la sociedad chilena de él durante la época del parlamentarismo, la percepción de la prensa tradicional y también de izquierda, para luego referirse a la opinión que tuvieron los militares del héroe de Iquique. Creemos necesario, en esta oportunidad, examinar los rasgos más importantes de estas etapas, considerando la importancia de referirse primero a los rasgos constituyentes de Prat que, según Sater, se erige dependiendo de las necesidades de una sociedad que necesita de figuras tutelares que los defiendan y proteja cuando la ocasión así lo exija. En ese sentido, Prat encarna al Padre que protege a la Madre (Chile), otorgando seguridad, confianza y bienestar a sus hijos, en este caso, los habitantes del país. La creación del héroe responde, de acuerdo a Sater, a la necesidad de los seres humanos de crear modelos morales que

estén dispuestos a inmolarsse o sacrificar sus vidas por un ideal superior, aunque no necesariamente éstos triunfen u obtengan la victoria, militar o tácticamente hablando. Sólo se les exige valentía y heroísmo, virtudes correspondientes al “movimiento de valores” que pretende restaurar un orden supuestamente perdido, otorgar estabilidad y progreso al país. El héroe, a fin de cuentas, debe poseer virtudes y proyectarlas a la sociedad, no obstante que en muchos casos muchos de ellos, como ocurrió con Prat, murieron “en vano”, como dice Sater. Se refiere, creemos, a su fallecimiento sólo en términos prácticos y concretos, pues de otra manera no se explica el fervor popular hacia su persona, y el propio entusiasmo de éste por estudiar las características y rasgos más distinguibles del héroe nacional por excelencia que, hasta hoy día, traspasa diferencias sociales, ideológicas, de género y edad.

Pero, para comprender la línea evolutiva de la percepción de la sociedad chilena hacia Prat, el autor se detiene a analizar, además de las temáticas ya señaladas y otras aún por tratar, algunos de sus rasgos biográficos más destacados, a la sociedad chilena durante la segunda mitad de la década de 1870 y a caracterizar el medio histórico donde actuó el Héroe de Iquique, elementos que permiten comprender la inmediata reacción admirativa de la totalidad de la población hacia él. En primer lugar, Sater destaca algunos rasgos de Prat como el individualismo, la austeridad, su capacidad de trabajo y de estudio, la rectitud de sus principios éticos y morales, el amor hacia su familia, la preocupación por sus padres y, por sobre todo, un marcado sentido del deber y la responsabilidad, lo que le valió ser considerado como un profesional severo, correcto y riguroso, entregado por entero a su vocación. La situación política, administrativa y social de Chile atravesaba por un período de inestabilidad, desconfianza e incredulidad respecto de la capacidad de funcionarios de gobierno y políticos, incluido el Presidente Aníbal

Pinto, del cual aseveraban que carecía de aptitudes para ejercer adecuadamente su trabajo, y que, además, tenía mala reputación. A lo anterior se agregaban serios problemas económicos producto de la excesiva especulación que generó el descubrimiento de minas de platas bolivianas en Caracoles, y la transformación de la moneda al patrón oro ocasionando el cierre de dichas minas; las interminables lluvias ocurridas durante 1876 y 1877 provocaron inundaciones y la consiguiente cesantía, hambruna, aparición de enfermedades y de miseria generalizada. Por otra parte, la industria, el comercio y la agricultura estaban paralizadas, y el país se subsumía en un ambiente de pesimismo, de descontento y frustración generalizada, situación que se agravó con la aparición entre 1876 y 1879 de problemas religiosos y diplomáticos, y también limítrofes con Bolivia y Perú, contexto en el cual se sitúa el inicio de la Guerra del Pacífico. Ésta, a su vez, como se sabe, tuvo su origen en el interés del Estado chileno por apropiarse de las salitreras ubicadas en las provincias costeras de Bolivia y Perú, y la consiguiente respuesta de Bolivia de exigir impuestos más altos a las compañías salitreras que operaban en el Desierto de Atacama. De inmediato, esta decisión provocó la enérgica resistencia chilena, y fue el detonante del estallido del conflicto bélico marítimo.

Después de un breve tiempo de la muerte de Prat, éste fue considerado el héroe principal de la hazaña naval que tenía a Chile en una situación de desventaja, y más todavía, con una población temerosa, desconfiada de la decisión que tuvo Pinto para involucrar al país y a su población en una guerra que tenía todas las de perder, aunque el pueblo chileno lo apoyó, exigiéndole, eso sí, sólo la victoria, pues la derrota significaría una humillación que el país no era capaz de soportar. Se le achacaba a Pinto que carecía de un plan estratégico de acción bélica definido, pues algunos propiciaban una modalidad de ataque restrictiva, pausada, y otros en cambio la aceleración de la guerra, que, para

algunos, pudo haber terminado hacia fines de 1879 si es que, hipotéticamente, se hubieran adoptado decisiones rápidas y eficaces para contrarrestar la fuerza del enemigo. Representó, por un lado, la visión de Juan Williams Rebolledo, quien no tenía mucha simpatía por Prat, y la percepción de quienes, por el contrario, pretendían sacar ventajas inmediatas de la insuficiente organización naval de la flota peruana, como señaló en una oportunidad Luis Uribe, amigo y compañero de Prat. Este contexto permite entender el ascenso de la popularidad de Prat, considerando la abnegación y entrega que tuvo hacia la patria, y prontamente este fervor se transformará en una “pratomanía” desbordada que, aunque con matices, estará presente a partir del 1900, exacerbado por el descontento hacia los gobiernos parlamentarios. Es así como se pasa rápidamente del sentimiento de frustración al sentimiento de júbilo, que es, por lo demás, un elemento característico del carácter del chileno, que oscila entre ambos estados emotivos con extrema facilidad.

¿Por qué Prat y no Carlos Condell fue considerado un héroe, considerando que el segundo de ellos fue quien realmente “triunfó”, estratégicamente hablando, aunque en él destaca la cautela y la mesura por sobre el arrojo y la gallardía de Prat? La pregunta que se formula Sater, por cierto, es válida, y lleva implícitamente en ella otras interrogantes y observaciones de carácter pasional y no guiadas por el raciocinio, que el autor responderá en los siguientes capítulos.

La Iglesia Católica fue la primera institución en destacar el heroísmo del marino chileno, a quien incluso califican, como ocurrió con el clérigo Joaquín Díaz, de “santo” o “mártir”, que, en términos comparativos, aunque guardando las proporciones, realizó un sacrificio por Chile al igual que Jesús quien también efectuó un sacrificio por la humanidad completa. En esta etapa, el fervor patriótico chileno se caracterizó por el empleo de conceptos y términos propios de un vocabulario

religioso. A partir de entonces, Prat representa una norma de conducta y un modelo moral a imitar, más aún cuando en Chile escaseaban autoridades públicas y políticos provistos de la valentía de aquellos que por su propia voluntad deciden morir en vez de continuar con vida, una vida que muchas veces no se quiere vivir si es que no está acompañada de honor y gloria. Es en este contexto donde el lema “vivir con honor o morir con gloria” adquiere su más alta expresión. Y que, además, representa la inmolación de un patriota generoso, valiente, que a través del desprendimiento y el sacrificio consiguió obtener la gloria y la admiración de un país que necesitaba de la presencia de héroes virtuosos y que, a la vez, compartieran con ellos los dolores y sufrimientos.

Aquí es cuando aparece un elemento del cual los sectores o grupos analizados por Sater, en menor o mayor medida, se intentarán apropiarse de Prat, y es la utilización pública de su figura para un determinado propósito, ya sea político, educativo o militar, o también para develar los vicios y las deficiencias del gobierno de Pinto y de sus continuadores, y representaba además lo que éste y los políticos no eran, y que nunca llegarían a ser: abnegados, valientes y sacrificados. Por supuesto, dicha apropiación provino desde los partidos políticos de oposición, pero que luego, a principios del siglo XX, será utilizada para denunciar la corrupción del Parlamentarismo. Durante estos años de apremio y de necesidades espirituales colectivas, nuevamente vuelve a resaltar la figura de Prat, en contraposición a la declinación de la popularidad que resistió su figura entre 1880 y 1900 (pero que, en rigor, no sufrió cambios radicales), a excepción quizás de los años 1886 y 1888. Recién en 1895, por decisión del Ministro de Educación, se decreta feriado sólo para los escolares el 21 de mayo.

La mutación que sufrió la imagen sobre Prat durante los primeros años del siglo XX, se explica por la decadencia de las virtudes cívicas chilenas después de la

Guerra Civil de 1891, período que se caracterizó por la inestabilidad política e institucional, intervenciones electorales, la fragmentación de los partidos políticos, el escaso poder del Ejecutivo, un deficiente manejo fiscal, problemas económicos, una sustantiva disminución de patriotismo y por la depresión de las industriales del salitre, el cobre y la plata. Todos estos elementos desembocaron que hacia el Centenario los sectores medios y populares no celebraran este acontecimiento, pues la clase dirigente todavía no había resuelto solucionar los graves problemas que afectaban al país como el hacinamiento, la depreciación del poder comprador, las ineficientes legislaciones y las deplorables condiciones higiénicas, laborales y económicas del trabajador salitrero, agrícola y urbano. Estos antecedentes explican la necesidad del pueblo chileno de recurrir nuevamente a la figura de los héroes, y Prat encarnaba todavía a quien poseía las cualidades más destacables que pudiera “salvar” al país de la decadencia moral y espiritual en la cual se encontraba inmersa, caracterizada por el materialismo, la especulación y el hedonismo de su población, elementos que habían desplazado a aquellos valores que encarnaba Prat: la abnegación, el sacrificio, el cumplimiento del deber y el patriotismo que apelaban a los ideales que caracterizaron con orgullo y añoranza a un pasado que pese a su cercanía se percibía cada vez más lejano. Y que, a su vez, representa la imagen idílica y soñada de un Chile que ya se fue, y que posiblemente nunca más se vuelva a recuperar.

Una especial función le cupo a los periodistas que, según Sater, emplearon a Prat como un elemento de unidad nacional, con especial atención cuando el país necesitaba de ejemplos de virtudes morales y lección de civismo. La prensa tradicional, por ejemplo, representada en *El Diario Ilustrado*, *La Unión* y *El Mercurio* de Santiago y Valparaíso, amplificó el ejemplo patriótico de Prat que, en el caso de Carlos Ibáñez del Campo durante su primera presidencia entre 1927 y 1931, apelando a la

conciencia nacional por intermedio de la exaltación del trabajo y la obediencia, lo utilizó para apoyar a un determinado gobierno (el suyo, por supuesto), contrario a lo que hasta ese entonces había sucedido, que era emplear a Prat como una figura anti-gobierno, como ocurrió durante la presidencia de Pinto, como ya hemos anotado. También se le utilizó para revitalizar el patriotismo, alejar cualquier influencia comunista, inculcar la unidad nacional, resaltando el concepto del deber y el modelo de abnegación, y de que la patria está antes y por sobre los intereses individuales de las personas. El socialismo, el comunismo y los nacionalsocialistas, en cambio, mantuvieron a Prat como una figura anti-sistema, que a través de sus virtudes y actos exponía las fallas de una sociedad capitalista liberal, aunque, por supuesto, cada uno de estos sectores exaltaba la necesidad de destacar u opacar una determinada característica de Prat, según las propias conveniencias ideológicas. La izquierda marxista y también los anarquistas, tuvieron en general muy poca simpatía por Prat, lo cual se reflejó en las escasas referencias en diarios y revistas, a excepción quizás de *La Opinión* que, en concordancia con la prensa tradicional, exaltó las cualidades cívicas de Prat pero, a diferencia de quienes se desempeñaban en diarios de conservadores, los socialistas que trabajaban en él se preocuparon de los problemas reales de la población, que tuvo su expresión generalizada en un movimiento de reforma nacional.

Asimismo, los profesores tuvieron una especial preocupación por resaltar las virtudes cívicas y morales de Prat, especialmente la preparación educativa que tuvo durante su adolescencia, pero, dicho proceso, al igual que muchos de los otros ya mencionados, varió en el tiempo de acuerdo a cada momento histórico determinado. Así es como, por ejemplo, los educadores chilenos entre 1891 y 1890 exaltaron las cualidades académicas de Prat, para luego, de acuerdo a los cambios experimentados en la filosofía de la educación nacional hacia

1910, los educadores nacionalistas de raigambre cultural (entre ellos Julio Molina, Amanda Labarca, Francisco Antonio Encina, Luis Galdames y Francisco Valdés Vergara), utilizaron a Prat para denunciar la corrupción y el materialismo del régimen parlamentario. Paralelamente, los maestros de las escuelas primarias y secundarias auspiciaron la necesidad de implementar cursos de educación cívica con el objetivo de formar ciudadanos virtuosos y patrióticos, y así dotarlos de sentido de responsabilidad cívica; asimismo, instruirlos en los conceptos del deber, la honestidad, la dedicación, el sacrificio y la disciplina, y en el respeto a las leyes y a la autoridad. Para lograr aquellos objetivos, los profesores de historia y de educación cívica no tuvieron que recurrir a ejemplos foráneos, sino que sólo debían mirar hacia el pasado reciente chileno: “Al contrario de otros países, Chile no tuvo que fabricar un paradigma de virtudes: ya contaba con Arturo Prat” (p. 154).

Finalmente, la percepción del Ejército y de la Marina sobre Prat es otra temática abordada por Sater, destacando en este sentido dos aspectos: el primero se refiere a que la Marina, en contraposición al Ejército, recordó con mayor perseverancia a su héroe naval, recurriendo a él de acuerdo a la situación por la cual atravesaba la institución (reportándole ya sea beneficios o desventajas), proceso que posee similitudes y los mismos consensos al experimentado por la sociedad civil. La lógica es la siguiente: a Prat se le relega cuando no se le necesita, pero se acude desesperadamente a él cuando es necesario articular a los marinos para lograr un objetivo común. Por la contraparte, el Ejército, a pesar de utilizar a Prat con fines políticos antes que la Marina, éste no tuvo la presencia en las revistas editadas por los oficiales (no ocurrió lo mismo con las revistas publicadas por la tropa, donde se recalcaron los valores cívicos y morales del valiente marino), como sí lo tuvieron en cambio figuras destacadas del Ejército pero que, por desgracia, no eran héroes, sino simplemente

próceres, o a lo más, militares sobresalientes.

Afortunadamente, el libro de Sater no ha perdido la fresca narrativa y la vigencia analítica que realiza del “santo secular” chileno por excelencia, pese a que han transcurrido más de treinta años desde la publicación de la primera edición en Estados Unidos en 1973. La traducción, asimismo, satisface plenamente las exigencias de un texto riguroso, académico, profusamente documentado, pero también ameno, emotivo, sugerente, sólido en sus propuestas y en la metodología utilizada.

SANTIAGO ARÁNGUIZ PINTO  
*Universidad Diego Portales*